

III

A media mañana me dispuse a seguir con los dibujos que me encargaron de la editorial. Me quedaban varias escenas de caza por ilustrar, todas ellas para un manual sobre el paleolítico que se vendería a mitad de primavera. Y debía apresurarme, pues estos últimos días, dos para ser exactos, me quedé atrás en las entregas, demorando los plazos entre una y dos semanas. La editorial, que no iba a permitir que el pedido se prorrogase tanto, me comunicó su disconformidad a través de mi jefe de departamento, Carlos Goicoetxea. El vasco me recordó la cantidad de gente que hay fuera esperando una oportunidad para demostrar sus cualidades como dibujante *freelance*. Me dijo también, por supuesto, que el tiempo es oro, y que debía ponerme las pilas o no superaría el período de prueba. "Una semana más, no dos", me concretó. Si no, puerta y a engrosar la lista del paro.

Y ahí, mientras hablaba con Carlos, esa palabra, ese amigo de entonces, volvió a hacer acto de presencia: El Niño Tiempo. Durante años nunca me afectó escuchar nada relacionado con él, pero ahora, y tras los últimos eventos, su figura asaltaba mi mente una y otra vez. No me lo podía quitar de la cabeza. Lo relacionaba con el otro infante, el tal "Gurnick", si es que ese era su nombre. Y sin apenas darme cuenta me vi rodeado también de sus risas, de los pasos lentos —y de pronto rápidos—, pero sobre todo de esa oscuridad creciente y el frío en mis pies desnudos.

"Gurnick, Gurnick"...

Di un respingo. Me había quedado traspuesto delante de mi atril. El espaviento hizo que casi derramase un vaso de agua en el Din-A3. Y la penumbra, aun y estando el piso bañado de una luz radiante —tanto interior como exterior—, había vuelto a apoderarse de mí por unos segundos. "Tal y como había dicho Elena", pensé. "La oscuridad está en las paredes".

Me levanté y cogí mi agenda. Si de verdad Gurnick tenía algo que ver con El Niño Tiempo lo descubriría, con o sin la ayuda de Elena. Y sólo había una persona más en este mundo con quien podía compartir todo esto, alguien de quien nunca le hablé a ella y que, en su día, le relaté todo lo ocurrido en aquel lejano verano. "Jamás hubo ningún pacto de silencio entre nosotros", me dije para justificarme, tanto entonces como ahora. Sin embargo, la imagen de verme otra vez en el paro me dolió de verdad.